

A MODO DE EDITORIAL

INNOVACIÓN Y TRADICIÓN EN LA ARQUITECTURA CONTEMPORÁNEA

O EL VERDADERO RETO DE LA ÉPOCA ACTUAL
EN EL INTERIOR DE LA MODERNIDAD

Antón Capitel

Bastantes de los protagonistas de la arquitectura contemporánea parecen tener la pretensión de superar la tradición moderna, como se comprueba al observar tanto su obra como algunas de sus manifestaciones. Es algo bien conocido: muchos tratan de emular a los viejos maestros para erigirse en fundadores de una nueva era. Pienso con cierta firmeza que esta pretensión es vana, y, al tiempo, sumamente imprudente.

La diagnosis teórica de la escasa posibilidad de esta pretensión se sustenta, en primer lugar, en razones históricas y culturales. Enunciadas sintéticamente, es bien claro que no se han producido en nuestra época las circunstancias para que surja una nueva revolución arquitectónica mínimamente comparable a la que el nacimiento de

la arquitectura moderna supuso. Las vanguardias históricas superaron una tradición secular, la clásica, ya en grave aunque vital decadencia durante todo el siglo XIX y manifestada ésta mediante el eclecticismo, y lo hicieron con la ayuda del nacimiento de unos nuevos y muy distintos materiales -el acero, el hormigón armado, el vidrio-; con la de otra revolución más temprana y emparentada en la que firmemente se apoyaron, la de las artes plásticas; y en relación además con los cambios sociales que iban generando la nueva sociedad de masas. La arquitectura descendió entonces del clasicismo hacia las formas libres, de la piedra hacia el acero, el hormigón y el vidrio, y de los príncipes a las gentes.

Nada de esto ha cambiado del todo:

Innovation and Tradition in Contemporary Architecture; The True Challenge of this Time Period within Modernism.

Keywords: modern tradition architecture.

Many protagonists of today's architecture seem to possess the aim of transcending Modernist tradition.

We have had reformers of the Modern Movement, who enriched it and gave it a noteworthy degree of pluralism, allowing for rationalism and organicism to live side by side.

Today we live in a formalist world, without rules or criteria that cultivates surprise and spectacle.

Innovation is just as necessary as it is inevitable, but taking innovation as an end in itself is, in our field of work, a stupid adherence to the supposed spirit of the age, that no one identifies. Innovation is possible only if it occurs based on modern tradition.

In our times it is necessary for architecture to continue being an ecological activity, as it occurred in the modern tradition. Speaking of "sustainable architecture" should simply be considered a redundancy. Conducting modern discovers towards satisfying the identity of architecture and ecology should be a universal goal.

The current economic crisis should introduce within the mentality of contemporary architecture the intention of service to mass society with which the modernist revolution started and prospered.

The modest and enriching management of the modernist legacy, the

ni los materiales, ni el arte, ni la sociedad, al menos suficientemente, y ateniéndonos por ahora, y por hipótesis, a las señas de identidad que los historiadores ya clásicos codificaron para definir la era moderna. Pero, además, es preciso recordar que las ideas modernas habían nacido mucho antes de que floreciera la nueva arquitectura, como tantos autores -entre los que destaca Collins- han demostrado. Y una firme voluntad de cambio estaba presente, por lo menos, desde el siglo XIX. Un personaje tan importante como Viollet-le-Duc buscó durante toda su vida una arquitectura nueva, más acorde con su tiempo, pero sin llegar a encontrarla ni a verla surgir.

Lo único verdaderamente nuevo de nuestra época es la revolución informática. Pero ésta ha provocado, sobre todo, un acercamiento más fácil hacia la libertad formal y hacia el cultivo de la complejidad, así como una devaluación de la vieja disciplina, facilitando la banalización y la simplificación de sus contenidos. Pero ¿acaso no era la libertad formal y el cultivo de la complejidad una de las características fundamentales de la revolución moderna? Y ¿acaso no era el peligro de banalización y de pérdida de los contenidos disciplinares uno de los grandes riesgos del abandono de la tradición clásica, tantas veces enunciado por los viejos académicos que veían desaparecer su época? Otras consecuencias podríamos adjudicar a la informática, pero no entraremos en ellas al representar, por lo general, la llegada hacia ambiciones que estaban ya presentes en la mentalidad moderna.

Así, pues, parece más claro que estemos en una época en que, como mucho, se esté insinuando un modo de pensar distinto que, con el tiempo

y con el cambio de las cosas importantes que hasta ahora no se han modificado del todo, generará acaso en los próximos tiempos la nueva era que, siguiendo la utopía futurista de la modernidad, tantos sueñan. Si es que realmente esto ocurre cuando avance suficientemente este siglo o en los siglos inmediatos, lo que nunca sabremos.

Pues ahora no vivimos otra cosa, a mi entender, que una más de las épocas que, dentro de la revolución moderna, la llevan adelante con nuevas aportaciones y con algunos retrocesos, prolongándola y negándola una vez más, pero sin poder superarla, pues inevitablemente toda aportación queda presa de la inmensa amplitud de su significado y de la profundidad de sus logros y de sus ambiciones.

Piensan algunos, quizá, que la etapa que inició la contestación de gentes como Rossi y Venturi, al dar lugar a lo que se conoció como posmoderno y, después, a la etapa de exacerbación de la pluralidad y del cultivo de la libertad formal que aún vivimos, liquidó la modernidad al llevar a la historia por una línea que se aleja inevitablemente de ella en un inexorable camino de progreso. Pero la historia no es continua, ni coherente, ni tiene una línea recta o nítida, ni va, en realidad, hacia ninguna parte. La historia, como el hombre, no tiene destino, su línea de recorrido es confusa e incoherente, carece de guía. La historia no lleva, inexorablemente, a superar la modernidad y a seguir otro camino más perfecto. No es así. La arquitectura, como tantas cosas, es una convención humana que puede transcurrir, en principio, por cualquiera que sea el camino.

Pero además, las contestaciones de

recovery of the traditional identity between architecture and ecology, and the recuperation of social service are all qualities that should be implicit within the exercise of our profession. I also find these criteria an adequate program for the expression of our contemporary age.

Antón Capitel

Rossi y Venturi sólo continuaban lo emprendido por otras anteriores y emparentadas con ellas. Con alguna simplificación puede decirse que el primer reformador de la modernidad fue Aalto, con la obra de posguerra que tiene su emblema en el Ayuntamiento de Säynätsälo. Con Aalto, y en la misma época, hay que anotar a los arquitectos italianos de la generación de Ernesto N. Rogers y su cultivo de las pre-existencias ambientales, a algunos casos de la obra del Team X, a algunas obras de Utzon y, sobre todo, y después, a la obra de Kahn. Pero todas estas cosas, y algunas otras, quisieran lo que quisiesen, no combatieron verdaderamente la herencia del movimiento moderno, sólo la enriquecieron y le dieron un notable grado de pluralismo. Un pluralismo que ya tenía antes, en verdad, tan sólo por haber admitido en su seno la convivencia de la línea racionalista con la orgánica, heredera ésta del expresionismo.

Y así Rossi, que se propuso restaurar la disciplina y el racionalismo, reivindicando la historia como contenido de la modernidad. Venturi era, quizá, más subversivo, al menos por lo que originó, pero recuérdese que gran parte de su análisis en *Complexity and Contradiction* consiste en la observación de obras como las de Le Corbusier y las de Aalto. Esto es, en analizar mejor la herencia moderna.

Pues hay que recordar sobre todo que Rossi y Venturi vinieron en definitiva a poner orden -más con sus libros que con su arquitectura- en la crisis ecléctica, formalista, tecnologista, funcionalista, sociológica,... a la que, en los años 60, había ido a parar la modernidad, con una arquitectura errática que estaba perdiendo con todo ello su propia identidad. Rossi y

Venturi volvieron a dársela en buena medida, proclamando la forma como contenido profundo de la disciplina, lo que podría interpretarse verdaderamente como algo antimoderno -si nos atenemos a las consignas de función, técnica y sociedad como identidad moderna-, pero no verdaderamente, si atendemos al contenido real de las arquitecturas de los maestros. El malogrado paréntesis posmoderno -negativo más por su falta de calidad que por otra cosa- fue consecuencia de ellos en alguna medida, pero, después, la reacción neomoderna, con su libertad formal, su eclecticismo y su formalismo pudo desarrollarse porque se apoyó precisamente en la naturaleza de la disciplina que ellos habían logrado rescatar.

Vivimos así ahora, y debido precisamente a ese rescate, un mundo abusivo, formalista, sin reglas ni criterios, que cultiva la sorpresa y el espectáculo sin fines claros. Y no es que no encontremos innovaciones positivas, nuevos e interesantes descubrimientos, pues los hay, por supuesto, como no podía ser menos. Pero el intento de ir más allá de la tradición moderna, de hacer un *tour de force* que la supere por completo, está poniendo a la cultura arquitectónica en peligro de despreciar la más rica herencia que vieron los siglos, aquélla que procede

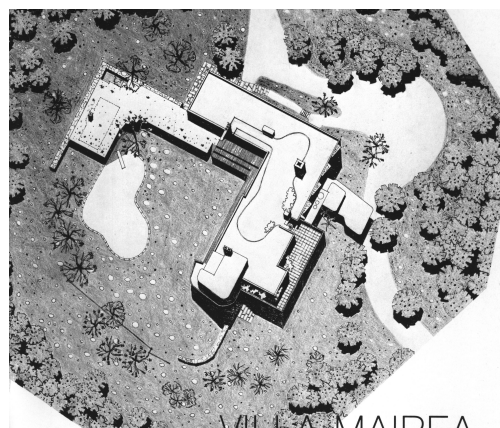


Fig. 1. Planta de situación de Villa Mairea. Noormarkku, Finlandia. Alvar Aalto. 1937

de la práctica de la arquitectura del siglo XX, sin duda el período más rico y plural, cualitativa y cuantitativamente, de toda la historia. Es así, y como habíamos adelantado, un acto de suma imprudencia. Pues poner entre paréntesis la herencia moderna no es otra cosa que una insensata renuncia. Es tirar por la borda la inmensa cantidad de reflexiones, métodos, instrumentos, invenciones y descubrimientos que la historia del siglo XX ha ido acumulando y que, con enorme calidad y asombrosa variedad, los proyectos y edificios contienen. Innovar es tan inevitable como necesario, pero tomar la innovación como un fin en sí mismo -tal y como está en boga en el ambiente convencional social y político- es, en nuestra disciplina, un camino sin norte, un estúpido seguimiento de un supuesto espíritu de la época que nadie obliga a obedecer, ni siquiera a identificar. Pues la creencia en el espíritu de la época -como la confianza en que la historia tiene un destino, un camino inexorable que lleva al progreso- no es otra cosa que una simple superstición. Innovar verdaderamente sólo es posible apoyándose en la tradición moderna. Lo contrario es retroceder.

No obstante, hay características de nuestra época que son muy importantes, y más nos valiera que fueran seguidas, como ya ha sido tan proclamado. Está entre ellas el famoso cambio climático; o, enunciado más cerca de nuestro terreno, la necesidad de que la arquitectura continúe siendo -como en buena medida ocurrió con la tradición- una actividad ecológica. Ciertamente parece que la arquitectura moderna, en su cultivo de determinados materiales, en su ingenua confianza en toda clase de instalaciones y en algunas otras

características no demasiado prudentes, abandonó en alguna medida la vieja identidad entre arquitectura y ecología. Así, hablar de arquitectura sostenible debería volver a convertirse en una simple redundancia. Conducir a los descubrimientos modernos hacia la satisfacción de esta identidad debería ser un objetivo universal.

De otro lado, la crisis económica actual y el fracaso del capitalismo avanzado que está significando deberían introducirse también en la mentalidad de la arquitectura contemporánea para recuperar la intención de servicio a la sociedad de masas con la que la revolución moderna nació y prosperó, no siendo ésta una de sus señas de identidad menos importantes. Aunque bien es cierto que decir esto ahora es en buena medida repetir lo anterior con otras palabras, si bien estas últimas tienen mayor alcance.

Administración sensata y enriquecedora de la poderosa herencia moderna, recuperación de la identidad tradicional entre arquitectura y ecología, y rescate del servicio social que debería estar implícito en la reflexión y en el ejercicio de la disciplina, me parece un ambicioso y adecuado programa para la época contemporánea. Y que no es en absoluto -como está bien claro- invención de quien suscribe,



Fig.2. Villa Savoye en Poissy, Francia. Le Corbusier 1929

sino expresión de una ambición colectiva. Un programa que puede seguirse sin preocupación por innovar más allá de lo estrictamente necesario y de lo realmente valioso para cumplir estos fines, y que ha de desentenderse de la creación como un objetivo para considerarlo tan sólo como un feliz y extraordinario acontecimiento.

Puede vivirse así en el interior de la herencia moderna con serenidad profesional, con amplitud artística y con altura e inquietud intelectual plenas. Las novedades y las aportaciones llegarán por sí solas, como es inevitable y como ha ido ocurriendo. Piénsese, si no, en la cantidad de aventuras artísticas e

intelectuales que pudieron vivir los arquitectos sin salirse nunca del todo del cobijo de la herencia clásica, pues -sin acudir a arrancarla en Grecia, lo que sería ahora abusivo-, desde Brunelleschi y Alberti hasta Viollet-Le-Duc o Tony Garnier transcurrieron múltiples estilos y muchísimo tiempo.

Si la tradición renacentista duró 5 siglos y tuvo dentro tanta riqueza y diversidad, ¿qué no pasará con las consecuencias de la revolución moderna? ¿Quién logrará, verdaderamente, ver su final?

Antón Capitel es director de esta publicación



Fig. 3. Vista del Sena, desde el barrio de la Défense. Paris 1978.